
Emilio Lospitao

¿Hacia dónde vamos?



Thomas Campbell



Alexander Campbell



Barton W Stone

MOVIMIENTO DE RESTAURACIÓN EN ESPAÑA

Introducción

Uno no siempre puede hacer lo que quiere... Pero siempre tiene el derecho de no hacer lo que no quiere"

Mario Benedetti

[En Restauromanía –en su primera época, cuando solo era un boletín–, correspondientes a los números 23, 24 y 26, julio y noviembre de 2006 y febrero de 2007– expuse una semblanza del comienzo, desarrollo y fundamentación teológica del *Movimiento de Restauración* en España con el título “¿Dónde estamos?”. Han pasado siete años. La pregunta retórica que da título a esta breve obra es “¿Hacia dónde vamos?”. No pretendo reiterar todo cuanto allí interpele, pero sí alzar la voz una vez más –aunque sea retóricamente– sobre el lugar religioso y teológico que queremos ocupar en el mosaico Evangélico español. Esto vale también para las *Iglesias de Cristo* de los demás países donde está presente el *Movimiento de Restauración*. Por supuesto, las circunstancias sociales, políticas y religiosas serán muy diferentes en cada lugar. Por ello la pregunta del título va dirigida especialmente a las *Iglesias de Cristo* en España].

Para conocer los motivos que dio origen al Movimiento de Restauración (en adelante *MR*) hay que leer, cuanto más mejor, sobre el momento histórico, religioso y teológico, así como el lugar geográfico donde se inició. Y esta información no la encontramos en la Biblia. Hay que buscarla en los libros de historia. Lamentablemente, la mayor información específica relacionada con esta *restauración* está en inglés. Al menos dos trabajos son accesibles en castellano: el trabajo de B. J. Humble (“La His-

toria de la Restauración” – en Internet) y el libro de Juan A. Monroy (“Movimiento de Restauración: Historia y Documentos”) de Editorial Yrmayol. Pero la información general de ese periodo histórico en Europa y en América, desde un punto de vista filosófico y religioso, es abundante y accesible en castellano para cualquiera que desee investigar. Porque ese contexto es imprescindible conocer para entender y validar el surgimiento del *Movimiento* al que pertenecemos.

Hoy, nuestra realidad religiosa y teológica es otra

El lector que consulte algunos de los libros publicados en las últimas décadas (en su mayoría de historiadores, biblistas y teólogos católicos), y la multitud de artículos digitales escritos en la misma línea de investigación histórica, exegética, hermenéutica y teológica, observará que todos ellos inciden en la valoración del nuevo paradigma en el que se encuentra el cristianismo desde hace siglos. Hasta tal punto que hoy la Iglesia Católica maneja un documento sobre la Nueva Evangelización. Y hay autores católicos que hablan incluso de un Nuevo Concilio (Javier Monserrat, SJ). Se habla de un nuevo paradigma porque el viejo se cerró hace cinco siglos. Pero toda transición de paradigmas es siempre lenta y dolorosa. El viejo paradigma comenzó a finiquitarse en el siglo XVI, con el descubrimiento del sistema heliocéntrico, que tanto dolor de cabeza dio a la Ciencia, a la Filosofía

y a la Teología de la época (y el arresto domiciliario de por vida de su defensor). Este descubrimiento abrió la puerta a la ciencia moderna. Los conocimientos de la ciencia moderna dio a luz lo que se ha llamado “Modernidad” (Ilustración...). Inevitablemente, se originó una fuerte confrontación entre los postulados aristotélicos (correspondientes al viejo paradigma, que apuntalaban muchos conceptos teológicos), y los descubrimientos que surgían en todas las áreas del conocimiento humano (cosmología, biología, genética, etc.). Esta dialéctica se fue enconando cada vez más hasta el punto que muchos creyeron que la Ciencia y la Fe eran irreconciliables. De hecho no pocos cristianos abandonaron la fe. El cristianismo, de todos los signos, se sintió agredido. El camino más fácil y más corto fue condenar a la Ciencia como destructora de la Fe (todavía hay quienes lo conciben así). Como medio de defensa ante esa “agresión” se formuló e institucionalizó una declaración de un mínimo de cinco *Fundamentos* donde quedara a salvo la “infalibilidad” y la “inerrancia” de la Biblia, fuente de las demás verdades teológicas irrefutables. Así nació el Fundamentalismo religioso protestante. Esto que sintetizo en unas líneas ocurrió entre los siglos XVII y XIX. El *MR* se originó en medio de esta tormenta socio-religiosa. Es decir, el *Movimiento* emergió cuando los líderes religiosos, de todas las tendencias, estaban fortificando el búnker de la inspiración verbal y la inerrancia de la Biblia

como fundamento contra toda duda levantada por la Ciencia. Desde entonces ha transcurrido varios siglos. Los conocimientos aportados por la Ciencia ha potenciado una nueva manera de ver la realidad de las cosas tanto en el micromundo (biología, genética, etc.) como en el macromundo (cosmos, universo).

Este vasto conocimiento que hoy tenemos de las cosas ha trastocado los conceptos que teníamos de la cosmología y de la cosmogonía antes de la era copernicana. Pero la verdadera Ciencia no puede estar en contra de la verdadera Teología. Si entre sus proposiciones existe alguna contradicción, una de las dos está equivocada (aunque pueden estar las dos en el error). Esto parece ser axiomático. La verdad –o el concepto que tenemos de la verdad– debe de estar de algún lado, y debe ser, además, inequívoco. Pues bien –a modo de ejemplo–, todos los conceptos bíblicos –incluso teológicos– parten de una cosmología geocéntrica (el Sol gira alrededor de la Tierra), y de una cosmogonía de la Tierra plana (con sus tres planos: el plano superior, el cielo, donde habita Dios, los ángeles y donde está ubicado el Paraíso; el plano intermedio, terrenal, donde habitan los seres terrestres vivos; y el plano inferior, el lugar de los muertos, el Sheol o Hades). Los mismos teólogos católicos hoy sonríen cuando se les pregunta sobre el dogma de la Asunción de la Virgen “en cuerpo y alma” al cielo. ¿En cuer-

po? ¿Al cielo? ¿Qué cielo? Aunque todavía quedan algunos que defienden el sistema geocéntrico (el Sol gira alrededor de la Tierra), ¡incluso que la Tierra es plana!, “porque lo dice la Biblia”, lo cierto es que, en estos aspectos, la Biblia está en un error. La Ciencia está en lo cierto. No obstante, el “error” de la Biblia es una percepción de tipo hermenéutico. La Biblia no pretende arrogarse ser fuente de verdades científicas. Este “dogma” se lo atribuyen los partidarios de la “inerrancia” de la Biblia. Los hagiógrafos (los escritores de la Biblia) escribieron desde los conceptos cosmológicos y cosmogónicos de su época, los conceptos que todas las personas de su entorno entendían y comprendían. La Biblia y la Ciencia no se contradicen por la sencilla razón de que sus métodos epistemológicos siguen caminos distintos y diferentes. La Biblia, en general, no vale como referencia para afirmar o negar nada que tenga algún interés con las ciencias físicas. En particular puede referir algo científicamente válido –como otros libros de su época– relacionado con las ciencias sociales y psicológicas. Como asimismo la Ciencia no dispone de los recursos necesarios para afirmar o negar nada que tenga que ver con valores religiosos, morales o trascendentes.

¿Qué hacemos entonces con la Biblia?

Cuando el creyente de a pie, adoctrinado en la “inerrancia” de la Biblia, percibe que existe una confrontación

entre las proposiciones “literales” de la Biblia y las proposiciones de la ciencia moderna, su primera expresión de asombro es exclamar: “¡Entonces no podemos fiarnos de la Biblia!” Esta exclamación del creyente de a pie pone en evidencia su escasa formación teológica, pero sobre todo su desinformación hermenéutica. Esto significa que esta ignorancia hermenéutica comienza en los propios docentes. Por supuesto todos sabemos sobre la relatividad y temporalidad de la “exactitud” de la Ciencia. Pero parece que la temporalidad del sistema heliocéntrico va para muy largo, por ejemplo.

De momento hemos tenido que hacer una catarsis hermenéutica (e ideológica) en la medida que hemos aceptado el sistema heliocéntrico. Esto es contundente e irreversible. Pero esa catarsis, en su día, costó mucha energía intelectual, teológica y, sobre todo, emocional. El defensor de dicho sistema acabó siendo víctima de la Inquisición y salvó su vida por los pelos: terminó sus días en arresto domiciliario. Estamos hablando de Galileo Galilei. Los religiosos de la época, incluidos los Reformados, se frotaron las manos. Desde entonces hasta nuestros días son innumerables los descubrimientos, en todas las áreas del conocimiento humano, que han dado sepultura al mundo simbólico y a los conceptos de la ciencia aristotélica (viejo paradigma). Hoy, por ejemplo, está superada la antropología dualista platónica del ser

humano (con la cual el apóstol Pablo coqueteó). Se ha recuperado la antropología veterotestamentaria de la unidad del ser y su trascendencia (la nueva neurología está diciendo cosas muy interesantes sobre la consciencia). Charles Darwin –a pesar de la mala fama que tiene entre los creacionistas– hubiera disfrutado mucho hoy al saber de la cantidad ingente de fósiles descubiertos que confirman la adaptación (y evolución) del reino animal y vegetal a su hábitat. En conclusión: si hemos tenido que corregir obsoletos conceptos cosmológicos y cosmogónicos, por la nueva perspectiva de las cosas que los conocimientos de la ciencia moderna nos ha aportado (abriendo un campo nuevo en la hermenéutica), ¿por qué ese miedo a la reconciliación con los nuevos descubrimientos científicos, sobre todo cuando ellos nos obligan a optar por las evidencias? ¿Cómo vamos a seguir culpando a la Ciencia por el hecho de que tengamos que reinterpretar los enunciados bíblicos?

Entonces, se preguntarán algunos, ¿qué hacemos con la Biblia? Con la Biblia no tenemos que hacer absolutamente nada, excepto estudiarla. Pero estudiar la Biblia no consiste en memorizarla, o tener cierto dominio sobre dónde encontrar tal o cual tema o historia, o conocer los textos cruzados, como si el texto de la Biblia fuera un texto cerrado. Eso es una cuestión de simple memoria y habilidad intelectual. Estudiar hermenéuticamente

la Biblia requiere algo más que la simple capacidad de leer y memorizar. Requiere la adquisición de conocimientos anexos (imprescindibles) de otras disciplinas que ofrezcan el contexto de los enunciados bíblicos (historia, antropología cultural, sociología, teología...). Salvo excepciones, los enunciados bíblicos no podemos leerlos e interpretarlos desde las categorías del nuevo paradigma del siglo XXI. Muchos enunciados bíblicos están escritos desde la cosmovisión de un mundo simbólico correspondiente a un paradigma ya obsoleto, una manera de ver la cosas muy diferente a la nuestra. El mundo al que queremos anunciar el evangelio vive inmerso en el nuevo paradigma, con una visión del mundo completamente distinta del mundo que se desprende de esos enunciados bíblicos. Esto significa una revisión a fondo del lenguaje teológico y de los conceptos teológicos mismos. La iglesia de los primeros siglos usaron el lenguaje y los conceptos filosóficos del mundo greco-romano para entenderse a sí mismo y hacer entender el misterio de Cristo. Hoy tenemos que reformular ese misterio desde el lenguaje y los conceptos del mundo en el que vivimos.

¿Restaurar, qué?

Las cosas no se ven como son. Las vemos como somos”

Hilario Ascasubi

Esta pregunta puede sonar insultante para algunos dirigentes del *MR*. Pero solo para algunos. Hace ya algunos años que otros dirigentes cayeron en la cuenta de que esa “restauración” de “la Iglesia del Nuevo Testamento” era ingenuidad en estado puro. Y tomaron otro camino sin sentir que estuvieran traicionando a nadie (salvo a los sponsors). Este cambio de rumbo ha ocurrido no solo en España, sino también, especialmente, en los EEUU. El número de *Iglesias de Cristo* que deciden reconciliarse con la sociedad moderna va en aumento. Han dejado atrás esa presunción de ser la iglesia de Cristo “verdadera”, levantando muros insostenibles con las demás iglesias cristianas. En España solo un par de ellas se han quedado como baluarte y esencia de la “ortodoxia”. Pero algunas décadas después del surgimiento del *MR* en EEUU ya lo hicieron también otras: “Discípulos de Cristo” e “Iglesias Cristianas Independientes”.

La ingenuidad de la restauración

¿Restaurar, qué? Ésta es, aunque incómoda, la cuestión. Los Campbell (padre e hijo), Barton W. Stone y otros, tenían muy clara la respuesta a esta pregunta en la América pre-secesionista: ¡restaurar la Iglesia primitiva! Así pues, se pusieron a la tarea de convocar a todos los líderes coetáneos de las denominaciones religiosas arribadas al Nuevo Mundo, e invitarlos a volver al “patrón” del Nuevo Testamento. Los padres del *MR* pensaron que si

aquellos líderes abandonaban las tradiciones de sus respectivas Iglesias (los Campbell y Stone eran presbiterianos), y se atenían solo a las escrituras del Nuevo Testamento (y las entendían como ellos), el resultado sería una Iglesia restaurada, neotestamentaria, idéntica a la instituida en el año 33 dC según refiere Hechos 2. Así de sencillo. Desde entonces, la mayoría de los predicadores de las *Iglesias de Cristo* del *MR* comenzaron a recitar a coro: “somos la Iglesia del Nuevo Testamento restaurada”. Entre ellos, en otro tiempo, también yo, hace más de treinta años. Y este ha sido el *leitmotiv* misionero durante lustros adondequiera que íbamos. Hoy algunos continúan todavía con esa cantinela. Yo no, pero he tenido que andar un camino en solitario y pagar un precio. No obstante, sigo aquí.

Más papista que el Papa

Todos conocemos este dicho, es un fenómeno que se produce en todos los ámbitos institucionales e instituidos. También en el *MR*. De hecho, las divisiones que se produjeron a mediados del siglo XIX, primero por la fundación de sociedades misioneras y más tarde por la inclusión de instrumentos de música en la alabanza, se debieron a la intransigencia de líderes que habían convertido en dogma lo que en su origen fue solo una metodología de trabajo (hechos aprobados, inferencias...). La herencia de esa intransigencia, lamentablemente, conti-

núa viva en algunos individuos, especialmente en Hispanoamérica, pero también en España. Por supuesto, también en EEUU. Los más extremistas son pocos pero muy ruidosos. Y divisionistas además. El biblicismo de estas minorías llega hasta el infantilismo de buscar un texto bíblico donde justificar una mínima acción que deseen desarrollar en relación con la iglesia o con la misión: ¡todo tiene que estar respaldado con algún texto bíblico, bien de manera explícita, o por inferencia! Han convertido la Biblia en un nuevo Corán y ellos se han convertido en unos integristas que en nada envidian al fundamentalismo islamista. En cualquier caso, este fundamentalismo, que en más o menos grado todas las *Iglesias de Cristo* del *MR* abrigan, es un colapso hacia el propósito último que cualquier iglesia persigue: anunciar la buena nueva del Carpintero de Nazaret con el lenguaje y con los conceptos que requiere una iglesia en el paradigma de la edad moderna. En este sentido, las *Iglesias de Cristo* en España, a la vez que maduraban, fueron adquiriendo su propia idiosincrasia, dejando la leche espiritual, y descubriendo la riqueza de estar unidos sin uniformidad. La superación de ese “papismo” es el camino hacia la autonomía responsable y la madurez teológica. Algunos líderes hispanoamericanos (y estadounidenses) consideran la experiencia de las *Iglesias de Cristo* en España una “apostasía”, pero creo que tienen mucho que aprender de esta experiencia. Basta decir que desarro-

llamos Convenciones Nacionales y Reuniones de Líderes anuales en un marco de auténtica fraternidad sin que la uniformidad sea un requisito. No obstante, nos queda mucho camino aún por andar.

¿Qué iglesia querían restaurar los padres del MR?

La época en la que vivieron los padres del *MR* no es la misma que nos ha tocado vivir nosotros. Valoramos positivamente sus logros, pero nosotros debemos hacer nuestro propio camino, con nuestros propios descubrimientos... La época en la que ellos vivieron no fue propicia para que pudieran sopesar la pluralidad del cristianismo primitivo. Ellos, como el resto de las Iglesias históricas, y otras ya emergentes, no tenían ningún interés en los estudios acerca del cristianismo del siglo primero, aunque esto parezca paradójico (los estudios sociológicos y exegéticos verdaderamente serios estaban en germen). Su idea de la “restauración” partía de una Iglesia abstracta y teórica, basada en textos paulinos teologizados acerca de la Iglesia. Este concepto teologizado de la Iglesia no tenía nada que ver con las iglesias históricas, las que componían el cristianismo del primer siglo, del cual hoy sabemos bastante. Los textos teologizados acerca de la Iglesia tienen como fin último la pastoral, es decir son “espejos utópicos” al cual mirarnos. Pero la “realidad” de las iglesias históricas era otra cosa. La ingenuidad originaria de los restauradores alcanzó

el paroxismo; creían que esa Iglesia utópica y teologizada era “realizable”. Pero aquel paroxismo originario se vino abajo ante los primeros problemas insolubles que terminaron en divisiones. En los próximos capítulos habremos de volver a la época de los padres del MR. Ahora hablemos de la unidad en la pluralidad.

Unidad en la pluralidad

En la vieja revista *Restauromanía* se publicó hasta la saciedad sobre el pluralismo que configuraba el cristianismo del primer siglo, al cual ya me he referido. Este pluralismo en realidad es más complejo (accesible para estudiosos aventajados), pero me limito a señalar lo que cualquier lector medio puede apreciar en el libro de los Hechos: un cristianismo de Jerusalén, primitivo, apegado a la ley mosaica, y un cristianismo gentil, originado en Antioquía, desvinculado de dicha ley. Hoy la bibliografía es abundante sobre la heterogeneidad del cristianismo primitivo (Entre otros muchos títulos: “*Estudios de sociología del cristianismo primitivo*” - Gerd Theissen; “*Estudios sobre el Nuevo Testamento*” - Günther Bornkamm; “*Del movimiento de Jesús a la iglesia cristiana*” - Rafael Aguirre; “*Así empezó el cristianismo*” - edt. Rafael Aguirre. “*Introducción al Nuevo Testamento*” - Willi Marxsen; “*La iglesia que los apóstoles nos dejaron*” - Raymond E. Brown). Mi esfuerzo, en las publicaciones en *Restauromanía*, desde los mismos textos bíblicos, se limitaron a testimoniar dicha

pluralidad, donde “*Iglesias del Nuevo Testamento*” es un botón de muestra (se puede descargar en la web de la revista *Renovación*). La realidad histórica de un cristianismo heterogéneo, al margen de la utopía dirigida a la pastoral (Iglesia teologizada), es suficiente para desarrollar una teología de la unidad en la pluralidad. La oración de Juan 17, que el autor atribuye a Jesús, pone en evidencia esta pluralidad tácita en la fecha que se escribe el cuarto Evangelio. Los requisitos que los judeocristianos de la iglesia de Jerusalén impusieron a los cristianos gentiles recién convertidos, para tener comunión con ellos (Hechos 15:28-29; 21:20, 25), es un indicador de esa pluralidad. La misma pluralidad teológica existente en el nuevo testamento es otro indicador de la pluralidad fáctica de las iglesias que formaban históricamente el cristianismo del primer siglo. Es decir, la realidad del cristianismo histórico del primer siglo se sustancia en una unidad plural. Resulta, pues, ridículo (y prepotente) forzar cierta clase de uniformidad en un Movimiento que dice ser “la Iglesia del Nuevo Testamento”. El intento de forzar cualquier clase de uniformidad, por parte de algunos líderes, es una muestra del desconocimiento que tienen del cristianismo histórico del primer siglo. Estos líderes deberían leer, al menos, uno de los títulos que he citado más arriba: “*La iglesia que los apóstoles nos dejaron*” de Raymond E. Brown.

Salvo excepciones –que las hay–, los líderes de las *Iglesias de Cristo* del *MR*, unos porque no pueden romper la “disciplina de voto”, otros porque parten del reduccionismo simplista de una Iglesia abstracta y teologizada, otros porque han sido sutilmente adoctrinados (incapacitados) para investigar en otras fuentes distintas a las facilitadas, y otros por motivos muy diversos (que aquí omito), no pueden o no quieren ver esta realidad de un cristianismo primitivo heterogéneo, lo cual cambiaría completamente la visión eclesiológica que el *MR* tiene de la iglesia. En efecto, esta visión históricamente descontextualizada de la Iglesia crea un marco teológico cuya estrechez impide el acceso a otras comunidades cristianas por el simple hecho de no compartir todos los aspectos de la misma manera. El resultado de esta estrechez de miras, en algunas latitudes, deviene en una multitudinaria división de *Iglesias de Cristo*, a veces, solo porque unas usan pan leudado para la Santa Cena, y otras sin leudar, por poner un ejemplo.

Una cuestión de honestidad

Si bien es cierto que cualquier institución tiene como misión defender los principios que la dieron a luz, y por los cuales se dio a conocer, también es cierto, y más, que el móvil primero que la engendró fue la aspiración y el deseo de enarbolar la “verdad”. Quiero creer que ése fue el móvil de los padres del *MR* en el siglo XIX ¿Qué otro

móvil legítimo puede haber detrás de un movimiento religioso, como lo es el *MR*, sino buscar la “verdad”? ¿No fue éste el móvil que justificó la implantación del *MR* en España, con el cual estábamos diciendo, directa o indirectamente, que todas las demás Iglesias estaban equivocadas? Todas las disidencias, cualquiera que haya sido la Familia religiosa donde se llevaron a cabo (Católica, Reformada, Anglicana, Presbiteriana...) tuvieron como justificación de las mismas algún “bien” que “en casa” no encontraban. Creo que no es necesario citar nombres de Denominaciones religiosas que surgieron así. Por otro lado, distinguir entre “reforma” y “restauración” (aparte de lo meramente semántico), como muchas veces escuchamos en boca de prominentes predicadores, no deja de ser mera presunción y demagogia que no se sostiene desde la historia y la exégesis bíblica. Esa distinción supone una distorsión de la historia y del contexto religioso de los personajes que protagonizaron dicha “reforma” o “restauración”. El camino que ha recorrido el *MR*, con sus diversas experiencias, y divisiones, debería ser un motivo para llevar a cabo una reflexión histórica, teológica y eclesiológica para “repensar” nuestro *MR* en España. Lo mismo deberían hacer los líderes en los demás países.

Una cosa es cierta: nosotros también poseemos una “tradicción”. Los procesos históricos, sociales y religiosos, co-

mo fueron los que dieron carta de naturaleza al *MR*, desarrollaron una cultura, y la tradición no es otra cosa que la sustanciación de dicha cultura. Pero una cosa es perseverar en y ser fiel a la tradición de un Movimiento, y otra cosa muy diferente es continuar en la búsqueda de la “verdad” que dio su sentido de ser a dicho Movimiento. Desgraciadamente, algunos líderes de las *Iglesias de Cristo* creen que ya encontraron dicha “verdad” y se limitan a “perseverar” en ella sin más. Pues bien, estas reflexiones tienen como bandera proseguir el espíritu de los restauradores, con y desde los medios que disponemos para el estudio del cristianismo primitivo, pero, sobretodo, estudiar el cristianismo a la luz de la modernidad, y esto es ineludible. La preocupación de los restauradores fue “restaurar” la Iglesia; la Iglesia que ellos veían en unos textos teologizados del nuevo testamento. Nuestra preocupación, y nuestra responsabilidad, hoy, debe ser investigar el cristianismo que ellos no pudieron ver. Esta investigación nos obliga a repensar el *MR*.

Hablar donde la Biblia habla...



"El único modo de que la Palabra de Dios, tanto en los escritos del Nuevo Testamento como en la persona de Jesús, tenga sentido hoy para nosotros es estudiándola en el gran marco de la cultura palestina y mediterránea del siglo I d.C. Porque, además de aprender el quién, qué, cuándo, dónde y cómo del Nuevo Testamento, el estudio de la cultura del período y de la región nos ayudará a penetrar en los porqués de la conducta descrita en nuestros textos."

Bruce J. Malina

Este es el eslogan del frontispicio ideológico de las *Iglesias de Cristo* del MR. Podemos leerlo en la abundante literatura existente, en las no pocas páginas web de las *Iglesias de Cristo*, además de oírlo desde los púlpitos un domingo sí y otro también. El eslogan en sí ya induce a una interpretación literal de la Biblia. Las interpretaciones que encontramos en la literatura del MR así lo confirman. Normalmente, nuestro exégeta suele quedarse en la lectura literal, primero, porque es más económico intelectualmente hablando, segundo, porque no exige pensar (ni estudiar) y, tercero, porque cree que no arriesga nada (aunque, paradójicamente, el riesgo puede ser mayor por las consecuencias que conlleva – piense el lector en el caso Galileo). Y este es un escollo no menor en el repensar del MR. El exégeta literalista siente un profundo recelo de la hermenéutica, una herramienta multidisciplinar imprescindible en la exégesis bíblica. Siente recelo de la hermenéutica porque esta exige pensar y estudiar. Exige estudiar y pensar porque ofrece la información que subyace en el texto, y esta información evidencia que, a veces, no todo es lo que parece en la Biblia. Y el hecho de que no todo sea lo que parece en la Biblia, supone para el exégeta literalista una profunda inseguridad, cuando debería ser solo un reto. Por eso, el exégeta con una mínima formación teológica, después de citar “lo que dice” la Biblia, se preguntará para sí mismo y expondrá a sus pupilos “por qué dice eso”

la Biblia. Ofrecer la respuesta adecuada a ese “por qué” es la misión de la hermenéutica. Pero la información y la formación en este quehacer hermenéutico no se encuentra en las páginas de la Biblia (sola), sino en los libros de otras y diversas disciplinas (historia, antropología cultural...).

Consecuencias del literalismo

En primer lugar, desde un punto de vista eclesiológico (ya lo he mencionado más arriba), la heterogeneidad del cristianismo primitivo hace imposible restaurar “la Iglesia del Nuevo Testamento”. El sinsentido del literalismo en este punto radica precisamente en la idea de restaurar una Iglesia que nunca existió históricamente hablando. La idea de restaurar “la Iglesia del año 33 dC.”, como solemos anunciar, es un galimatías. Es un galimatías por tres razones: a) La iglesia local primitiva, de Jerusalén, continuó observando las costumbres judías de la Ley; b) Pero el MR hace una distinción enfática entre las Escrituras hebreas y cristianas (Antiguo y Nuevo Testamento), cosa que aquellos cristianos no hicieron, obviamente. Primero porque no existía ningún “nuevo testamento” literario todavía, y, segundo, porque la única Escritura que tenían era la Biblia hebrea, y no vieron ningún problema en continuar con sus ordenanzas (no importa cuáles ordenanzas sí y cuáles no). ¿Cómo explicamos esto?, y c) Tras el nacimiento del cristianismo

gentil en Antioquía, que no observaba la Ley (salvo algunos preceptos impuestos por los judeocristianos de Jerusalén), no hubo nunca una Iglesia homogénea hasta la Gran Iglesia de siglos posteriores (la Iglesia constantiniana). Es decir, no tenemos ninguna iglesia *modelo* “primitiva” e histórica desde la cual “restaurar” nada. Solo tenemos textos teologizados de esa presunta Iglesia. En cualquier caso se trataría de “restaurar” una iglesia que cuadrara con el perfil de las iglesias gentiles, es decir, las iglesias paulinas.

En segundo lugar, el literalismo (hablar donde la Biblia habla...) conlleva otorgar vigencia a instituciones socio-políticas de la época del Nuevo Testamento hoy obsoletas. De hecho, en esta obsolescencia radica la doctrina de la sumisión de la mujer al varón. Como una consecuencia de esta sumisión deviene la cuestionable interpretación de que la mujer ni siquiera puede orar en la iglesia y mucho menos desarrollar algún tipo de liderazgo. Los hermanos y hermanas hispanoamericanos (también estadounidenses), pertenecientes a *Iglesias de Cristo*, que han llegado a España por la inmigración o de vacaciones, entraban en shock cuando veían que en nuestras iglesias en España las mujeres oraban en el culto y participaban en él (¡algo sí hemos evolucionado, pero algunos pagamos un alto precio por evolucionar!). Pero también hemos observado que algunos de esos herma-

nos abandonaron el culto cuando vieron participar a la mujer en él. Y todo esto porque la Escritura secunda los códigos domésticos sobre “la mujer, los niños y los esclavos” (Colosenses 3:18-4:1; Efesios 5:21-6:9; etc.) de los cuales venían hablando los filósofos moralistas en el mundo griego desde la época de Platón (siglo IV aC.). Es decir, los escritores del Nuevo Testamento simplemente evocaron dichos códigos sociales y mundanos de la época (ver “*La iglesia nació en la casa*” en la web de la revista *Renovación*). Algunos “líderes” del otro lado del “Charco” piensan que investigar en las bibliotecas es “filosofía del mundo”, y además se enorgullecen de pensar así (!). En España algunos también piensan igual.

En tercer lugar, este literalismo, al margen de cualquier principio hermenéutico, desnaturaliza el texto bíblico y el pensamiento de su autor, que escribía para personas que vivían en un contexto social, familiar y religioso distinto al nuestro, como son los casos de la sumisión de la mujer, de la esclavitud, etc. Una exégesis literalista de 1Cor 11:2-15 (ver “*Acento Hermenéutico*” en la revista *Renovación* nº 7) nos llevaría a la conclusión de que la mujer debe cubrirse la cabeza con una velo. Por no citar la patria potestad absoluta, desde la cual el *paterfamilias* formalizaba el matrimonio de los hijos (especialmente de las hijas), sin contar con su consentimiento cuando estos aún eran púberes; o ungir con aceite a los

enfermos para sanarlos, como sugiere Santiago 5:14. Pero la historia y la antropología cultural (¡la hermenéutica!) nos explica por qué era común la práctica de ungir con aceite a los enfermos en Oriente Medio en la época del Nuevo Testamento. Esto sin desestimar el valor terapéutico tópico de cualquier unguento, además del efecto placebo que pueda tener cualquier terapia. Pero esto es otra cosa. En la práctica, ciertamente, la mayoría de los líderes del MR no son tan “literalistas” cuando les interesa, y hacen caso omiso de ciertos textos, como el citado sobre el velo o el de ungir con aceite a los enfermos para su curación. Y pregunto por qué. ¿No son también esos textos Palabra de Dios? ¿Será porque sienten miedo de hacer el ridículo presentarse en un hospital para ungir al enfermo con aceite, y que les expulsen del hospital? ¡Me supongo que estos exégetas literalistas tampoco formalizan el casamiento de sus hijos púberes (1Cor. 7:37-38) ni imponen el uso del velo a sus mujeres (1Cor 11:6)!

En cuarto lugar, el descubrimiento del sistema heliocéntrico por Galileo Galilei fue un hito singular en la historia del conocimiento humano que separó para siempre dos mundos simbólicos, dos maneras de entender y percibir la realidad. Atrás quedó la cosmología de una Tierra plana, inmóvil, alrededor de la cual giraban el Sol y todos los astros del universo, y la cosmogonía de un “cie-

lo-donde-está-Dios”. La apología retórica de Eclesiastés 3:21: “¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?” está expresada desde la cosmogonía del mundo simbólico pre-científico, pero no tiene el mismo sentido para nosotros que vivimos en el paradigma de la ciencia moderna. No existe ningún “arriba” ni ningún “abajo” donde pueda “subir” o “descender” ningún “espíritu”. Textos como: “*el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero*” (Josué 10:12-13), o que “*hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acaz, diez grados atrás*” (2 Reyes 20:8-11), o que “*un gran pez tragó a Jonás, y estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches*” (Jonás 1:17), comprometen los conocimientos científicos que tenemos de las leyes del universo y de la física. ¡Y no basta apelar a un *Dios-todo-poderoso-que-está-en-los-cielos!* Un Dios-supermán que detiene el giro de la Tierra sobre su eje casi un día entero, y, además, invierte dicho giro diez grados en la sombra de un reloj de sol, no ayuda mucho a la evangelización del hombre moderno e ilustrado. A nuestro exégeta ni siquiera se le pasa por la cabeza si eso que dicen los textos citados es coherente, si tiene algún otro sentido o simplemente si eso fue así. Para la exégesis literalista no existen géneros literarios, relatos pedagógicos, comprensiones teológicas de la época, que sirvan de contexto al relato bíbli-

co: ¡Es así porque así lo dice literalmente la Biblia! ¡Hablar donde la Biblia habla...!

La hermenéutica no compromete a la inspiración de la Biblia

Creemos que Dios, como afirma el autor de la carta a los Hebreos, ha hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres [antepasados] por los profetas y, en estos últimos días, nos ha hablado por medio del Hijo (Jesucristo). Esta afirmación del autor bíblico es una simple profesión de fe que podemos asumir como creyentes. Pero esta afirmación no puede implicar que toda la Biblia (los ¿66?, ¿72? libros que la forman) sea “inerrante”. Una lectura crítica de todos los libros de la Biblia desmiente tal “inerrancia”. Esta “inerrancia” es un dogma fundamentalista insostenible. La Biblia es la “Palabra de Dios” porque en ella tenemos el testimonio de su auto-revelación, pero está escrita por hombres de una época concreta, de una cultura particular y de una región geográfica singular. Estos autores escribieron desde la percepción, la cultura, los conocimientos y los conceptos de sus coetáneos, es decir, desde la cosmología y la cosmogonía de un mundo simbólico pre-científico. La Biblia nos informa de una verdad religiosa y salvífica, no de una “inerrancia” científica. ¿Cómo puede ser toda la Biblia “inerrante” desde el punto de vista del concepto moderno de “verdad” e “historicidad”? ¿Qué

hemos aprendido de la experiencia del caso Galileo? ¿Acaso no condenó a este científico el dogma de la Biblia “infalible” e “inerrante”, según la cual la Tierra era el centro del universo, inmóvil, alrededor de la cual giraba el Sol y todos los astros?

Los conceptos bíblicos cosmogónicos, es decir, ultramundanos, son representaciones simbólicas de realidades, pero no las realidades mismas. Dichas representaciones simbólicas, desde la ciencia moderna, son fallibles y erróneas. El conocimiento científico que hoy tenemos del universo desmiente los conceptos de la cosmogonía bíblica: la Tierra no es plana, no está quieta, no es el centro del universo, no gira el Sol alrededor de ella, “arriba” no existe ningún cielo donde Dios acoge las “almas salvadas”, ni “abajo” existe un “lago de azufre” donde se retuercen en agonía perpetua las “almas condenadas”. (Ver “*El mundo simbólico de la Biblia*”, en la web de la revista *Renovación*).

Exégesis y hermenéutica

La exégesis literalista, en la que se empeña el *MR*, se pierde en un callejón sin salida. Se obstina inútilmente en la semántica del texto al margen del contexto social, histórico, teológico, del texto en cuestión (¡la hermenéutica!). Algunos exégetas de las *Iglesias de Cristo* no dudan en exhibir el análisis gramatical de una oración del

texto griego para confirmar una proposición particular. El análisis gramatical exegético, por ejemplo, que conmina a que sea el hombre, y no la mujer, quien dirija la oración pública, porque el texto dice explícita y textualmente: “*quiero, pues, que los hombres [andras=varones] oren en todo lugar...*” (1Tim 2:8 -VRV60). Y así un largo etcétera. Obviamente, toda exégesis bíblica, en principio, no puede abstraerse de este tipo de análisis, pero cuando la exégesis se hace al margen de y subestimando la hermenéutica, el resultado es, o puede ser, una proposición anacrónica y obsoleta. El análisis gramatical en la exégesis bíblica es válida e imprescindible, pero, como las llaves, con la misma no puedes abrir todas las cerraduras. Cada cerradura (proposición bíblica) necesita su propia llave (hermenéutica) por muy complicada y laboriosa que sea esta tarea. Evocamos de nuevo el texto de 1Cor 11:2-15, donde, desde ese análisis literal, la mujer debería cubrirse con un velo.

Así pues, después de todo cuanto se ha dicho hasta aquí, cabe preguntarse: ¿desde qué interpretación exegética de la Escritura queremos “restaurar” (mejor renovar) el cristianismo postmoderno? Por supuesto es válida una lectura de la Biblia ajena a toda esta batería hermenéutica, pero entonces será una lectura “devocional”, “moralista” (legítima), donde no pasa nada si los animales y las plantas hablan (Números 22:18; Jueces

9:8-15). Es obvio que necesitamos una filosofía hermenéutica desde la cual releer la Escritura y reinventar el *MR* según las exigencias del nuevo paradigma del siglo XXI.

A-Teología, misceláneas

“Hemos modificado tan radicalmente nuestro entorno, que ahora debemos modificarnos a nosotros mismos, para poder existir dentro de él”

Norbert Wiener

4

En este capítulo abordo varios aspectos que tejen las entretelas históricas de nuestro *MR* en España, del cual un grupo considerable de personas (algunas ya partieron con el Señor), hemos sido protagonistas del mismo. Es decir, que hemos dado la mayor y mejor parte de nuestras vidas y nuestras energías a dicho *MR*. Tenemos derecho a hablar. Cada uno con sus dones particulares, con sus inquietudes personales, con trayectorias ministeriales heterogéneas, en circunstancias familiares distintas... Suficientes experiencias como para echar una mirada hacia atrás y ver las huellas que vamos dejando. Todo cuanto sigue es muy personal y está en el contexto de los capítulos que han precedido a este.

A-Teología pastoral

El término “a-teología”, aquí, quiere significar “privación” (a-) de teología, o mejor dicho, ausencia de “formación” teológica, lo cual, paradójicamente, es otra forma de “hacer” teología. Creo que no hace falta recordar que el término “teología” viene de un vocablo griego compuesto: “Theós” (Dios) y “Logos” (además de “Verbo”, “Palabra”: ciencia, tratado, discurso...). Es decir, “teología” significa “discurso o ciencia acerca de Dios”. Pues bien, salvo pocas excepciones, podemos decir que los “ministros” del *MR* en España hemos carecido de una formación teológica preliminar. Los pocos que la tuvieron, a la luz de la experiencia, consistió mayormente en

el adoctrinamiento más que en la formación propiamente dicha. Es cierto que una cantidad ingente de hombres y de mujeres del pasado llevaron a cabo una encomiosa labor pastoral de la cual muchos letrados hoy quisieran poder gloriarse. Para esta obra pastoral, en principio, solo es necesario un gran corazón y el carisma que lo mueve. La letra mata, el espíritu (el corazón) vivifica, diría el Apóstol. Pero una cosa no quita la otra. Es cierto también que la simple lectura de la Biblia deja una impronta teológica en el lector. Pero esta lectura sola, aunque imprescindible, no constituye en sí una formación teológica, al menos como se entiende desde un punto de vista académico. Salvo esas poquísimas excepciones, los “ministros” del *MR* en España hemos ido por el mundo “con el corazón”, hemos sido “voluntariosos” (sin ningún matiz peyorativo de este término), poseedores solo de esa “impronta” teológica. Como disculpa podríamos decir que “eran otros tiempos” y “otras circunstancias”. Es cierto. Lo que no tiene disculpa, a día de hoy, es el voluntarismo continuado y la pereza intelectual... Sobre todo en los más jóvenes, sean hombres o mujeres, que desarrollan algún ministerio en nuestras iglesias.

A-Teología eclesial

En alguna ocasión hemos oído decir, como crítica hacia alguna persona en particular: “quiere convertir la iglesia en un grupo de teólogos”. La frase, aun en el mejor

de los casos, no está exenta de cierto descrédito hacia la “teología” como quehacer intelectual y filosófico y hacia el “teólogo” como docente. Y este descrédito es lamentable, porque antes que motivar el estudio diligente desincentiva la formación, que es imprescindible. Sobre todo porque durante muchos años hemos venido censurando a la Iglesia Católica Romana por prohibir la lectura y la distribución de la Biblia. Que era lo mismo que censurar la falta de instrucción bíblica al pueblo llano. Las consecuencias de prohibir la lectura y la distribución de la Biblia supuso para la feligresía católica una profunda incultura bíblica (impronta teológica), y, como consecuencia, sucumbir a supersticiones y doctrinas antibíblicas (en vías de corrección: Limbo, Purgatorio...). A falta de una instrucción bíblica (reservada para el clero), al pueblo se le inculcó el ritualismo como un medio para alimentar su vida religiosa y su fe. Los reformadores cambiaron el ritualismo por la Biblia, la palabra. Son dos importantes características que diferenciaron el protestantismo del catolicismo (lo que digo es una generalidad).

En las *Iglesias de Cristo* del MR en España la exposición de la Biblia (la palabra que sustituye al ritualismo católico) normalmente se limita a un persistente devocional moralista domingo tras domingo. Por supuesto, estoy generalizando. Es decir, la formación teológica de la

grey como tal brilla por su ausencia. La “formación” que se imparte se limita a un conocimiento de las historias relatadas en la Biblia, interpretadas literalmente, y todo ello dirigido a una visión moralista de la vida cristiana. Pero la formación teológica es otra cosa. En cuanto a la Iglesia Católica Romana, decir, simplemente, que hoy no solo difunde la Biblia sino que fomenta su lectura (Un eslogan: “Cada católico con su Biblia”). Y lo más importante: la mayoría de los buenos exégetas y biblistas (que no biblicistas) desde hace bastantes décadas son eruditos de la Iglesia Católica Romana. Solo hay que echar un vistazo a la bibliografía existente. Cuando hablo de bibliografía no me refiero a la literatura devocional, de la que estamos saturados en el mundo Evangélico, procedente particularmente de EEUU, sino de estudios exegéticos, teológicos e históricos.

Sorprende, pues, ese empeño de algunos en subvalorar la “teología” y en vilipendiar al “teólogo”. ¿Acaso no está haciendo teología el exégeta de “impronta teológica” cuando afirma “lo dice la Biblia”? La cuestión no es la teología en sí (o “teologías”, en plural), que todo docente lleva a cabo cuando enseña la Biblia, sino la clase de teología que desarrolla y las consecuencias de la misma (p. ej. homofobia). Una comunidad cristiana que se precie como tal no puede desestimar una mínima formación teológica de los fieles en general, pero muy particu-

larmente de quienes, por su vocación, tienen una responsabilidad docente dentro de ella. No es suficiente el voluntarismo, como el que hemos sufrido (y sufrimos) en el *MR* en España (salvo excepciones), ni es suficiente esa “impronta teológica” derivada de la simple lectura de la Biblia. Por supuesto, no es necesario decir que “ser cristiano” (vivir la fe cristiana) no consiste en el conocimiento teológico que se tiene o se deja de tener, sino en una vida de confianza en Dios que se concreta en el testimonio de la fe y el amor al prójimo. Pero, como ya he dicho, una cosa no quita la otra.

A-Teología y emocionalismo

En principio, lo teológico (instrucción) no está reñido con lo emocional, pero son dos cosas distintas. Las personas, por propia naturaleza, somos esencialmente emotivas. De hecho, la mayor parte del surgir de la vida está dirigido por las emociones y los sentimientos. En cualquier experiencia mística o religiosa, las emociones y los sentimientos están presentes condicionando todo. No hay motivos, pues, para declarar una guerra contra las emociones en la vivencia religiosa dondequiera que estas se produzcan. Sobre este particular, durante la alabanza en algunas *Iglesias de Cristo*, los fieles parecemos estatuas parlantes, carentes de emotividad alguna por la equivocada idea de que expresar alguna emoción de tipo gestual es “antibíblico”(!). Pero esta idea es forá-

nea, no se corresponde con la idiosincrasia del pueblo español, se ha importado como parte integrante de una manera de entender la espiritualidad.

Independientemente de la aceptación del mensaje del evangelio de Jesucristo por parte de los fieles, que no pongo en duda, la experiencia –y las evidencias– nos muestra que el espectacular crecimiento numérico que se está produciendo en muchos grupos religiosos, particularmente Evangélicos, tiene su explicación en la respuesta que estos grupos ofrecen a las necesidades afectivas y emocionales de las personas, sobre todo cuando dichas personas sienten carencia de esos valores, no solo en la familia y en la sociedad sino en sus propias iglesias. Es decir, la adhesión a esta particular experiencia religiosa es totalmente legítima y válida. Pero, aclarada esta legitimidad, insisto, la falta de una visión ilustrada y teológica puede llevarnos a una iglesia cercenada por el simple “emocionalismo” que algunos denominan “hablar al corazón”.

Este cercenamiento, en algunos casos, alcanza cotas insospechables. Me refiero a ciertos grupos religiosos cuyos dirigentes, sin ningún pudor, no se inhiben de presentar un “evangelio de la prosperidad” a cambio de dinero. El dinero llama al dinero, vienen a decir. El dios que presentan en sus arengas parece estar deseoso de

enriquecer a los oferentes dispuestos a aceptar el reto de “fe”: ¡Dame y te daré! No es extraño, conociendo la naturaleza humana, que muchos fieles mezclen fe-superstición-mercancía y se aventuren a dicho negocio en el cual los únicos que salen ganando con seguridad son los promotores divinos que ponen dichos donativos, ofrendas y diezmos al buen recaudo de sus cuentas bancarias. Y todo esto gracias, por un lado, a la ingenuidad y a la urgencia de religión de sus adeptos, y a una falta de visión ilustrada y teológica, por otro. Es cierto que nosotros estamos lejos ideológicamente de estos grupos, ¡pero cuidado, nuestros devocionales pietistas, desprovistos de esa visión ilustrada, pueden llevarnos a posiciones parecidas, aunque de otro signo, a la de estos grupos!

A-Teología y crítica

En el *MR* no podemos permitirnos el lujo de abstraernos de una sistemática formación (investigación) teológica ni de una crítica constructiva. La primera por muy sorprendente que nos parezca (¡no sabemos todo ni tenemos el monopolio de la verdad absoluta!) y la segunda por mucho que nos duela. Donde esto ocurre, es decir, donde se menoscaba la formación teológica y se reprime o ningunea a la crítica, el dogmatismo y el despotismo campea a sus anchas. Y esto ha estado –y está– ocurriendo en el *MR* en España. Ignoro lo que ha ocurri-

do o está ocurriendo en otros países. Pero aquí siempre han sobrado los mismos: quienes se formaban y se atrevían a manifestar algún tipo de crítica. Pero, a ver: todos cuantos dieron origen a una nueva corriente teológica (llámese como se llame, fuera aceptada o rechazada, creíble o no creíble, ¡como fue la propuesta por los padres del *MR*!), ¿no la originaron mediante una “crítica” o fruto de alguna supuesta “investigación” que disentía de las enseñanzas de la iglesia “madre”? ¿Cómo es posible que quienes se enorgullecen de haber salido de una denominación religiosa que creían errada, mediante la disidencia, fruto de esa supuesta “investigación” y “crítica”, luego no permitan esa misma y legítima actividad dentro del *Movimiento*? ¿Qué nombre le damos a esta paradoja? ¿Qué es más importante, la fidelidad a una tradición o la búsqueda de la verdad? La experiencia en el *MR* en España parece confirmar lo primero.

Otra vez tengo que remitirme al dato histórico de Galileo. Con su predecesor, Copérnico, comenzó la ciencia moderna (nuevo paradigma). Ellos revolucionaron la ciencia cosmológica y pusieron fin al mundo simbólico cosmogónico que sirvió de andamiaje teológico al cristianismo durante los primeros 1500 años. Hoy gozan de un completo reconocimiento como científicos de su época. Sus descubrimientos, cierto, se han mejorado y se ha arrojado más luz (p. ej. Newton/Einstein); pero el elo-

gio de haber sido los primeros no se lo quita nadie. Hoy, ciertamente, gozan de ese reconocimiento, pero en su día el padre de la ciencia moderna tuvo que sufrir el escarnio, la censura y la cárcel. ¿Cómo pudo ocurrir eso? Primero, ocurrió porque a la Ciencia, a la Filosofía y a la Teología de la época les cogió desprevenidas, y, segundo, por la intransigencia, el despotismo y la cerrazón mental del Poder eclesiástico y la fundamentación de una Teología obviamente ya trasnochada. En su día, la Iglesia Católica Romana, y durante muchas décadas, se mantuvo condenando a la Modernidad, o sea, a todo cuanto se derivaba de las ciencias físicas, sociales, políticas... Y todo porque esas ciencias ponían en entredicho los modelos que sostenían a una teología basada en principios aristotélicos, en víspera de su caducidad. Por su parte, el Protestantismo, particularmente americano, de cuyas ubres luego nos hemos alimentado, y seguimos alimentándonos teológica y ¡económicamente!, con sus cinco Fundamentos para salvar la “infalibilidad” y la “inerrancia” de Biblia, hizo exactamente igual que la Iglesia Católica Romana: condenar y desprestigiar a la Modernidad, es decir, a la Ciencia moderna. Una herencia fosilizada de ese desprestigio es la “bíblica” teoría “creacionista”, en “seis” días, hace exactamente “seis mil años”, defendida por ciertos sectores fundamentalistas protestantes, porque –dicen– esos son los datos que

ofrece la Biblia. Es decir, ¡porque lo dice la Biblia! ¡Hablar donde la Biblia habla...!

A-Teología y cultura parlamentaria

En el *MR* en España no solo no hemos dedicado tiempo a la formación teológica continuada, sino que tampoco hemos fomentado ni cultivado una cultura parlamentaria. Más bien todo lo contrario. Me refiero a un foro donde poder escuchar lo que otros piensan sin condenarlos, ni excluirlos ni relegarlos al ostracismo. Nunca hemos tenido ese foro donde presentar ponencias conocidas de antemano para poder discutir las con conocimiento de causa y desde ese espíritu parlamentario. No hemos hecho nada para formarnos intelectual y moralmente para llevar a cabo dicha discusión en un plano puramente académico. No hemos tenido ese foro, pero podemos iniciar el camino para tenerlo. Los futuros líderes nos lo agradecerían. Este tipo de foro fomentaría la transparencia, la confianza y el respeto recíprocos, además de una fraternidad genuina (que es distinto a la paz de cementerio). Para caminar a la par no necesitamos un pensamiento único; en los grupos la pluralidad de pensamiento enriquece y, además, abre las ventanas al Espíritu, inspirador de lo auténtico y lo verdadero (Hech. 15:7, 28). El pensamiento único no es una característica de “la Iglesia verdadera”, sino de las sectas.

¿Hacia dónde vamos?

Este es el título de este trabajo. El *MR* en España tiene escaso futuro si persiste en la hermenéutica literalista y en el desafecto hacia una formación teológica que vaya más allá del simple eslogan: “hablar donde la Biblia habla...”. La formación teológica, hoy, nos sugiere que preguntemos “por qué dice eso la Biblia” y lleguemos a una ilustrada conclusión de “por qué lo dice”. El agotamiento anímico y teológico de dicho literalismo ya se ha hecho sentir en las *Iglesias de Cristo* en los EEUU, donde se originó el *Movimiento*. Un movimiento religioso, como lo es el *MR*, no puede fundamentarse en dos soportes doctrinales: el veto al liderazgo de la mujer y la ausencia de instrumentos de música en la alabanza. Afortunadamente, la mayoría de las *Iglesias de Cristo* en España están superando estas otrora “fundamentales” doctrinas. Pero, como he venido exponiendo, dichos soportes doctrinales son *peccata minuta*. Lo que está en el fondo de la cuestión es el literalismo bíblico, ¡hablar donde la Biblia habla...! De ahí la gran necesidad de una revisión de los principios del *MR*. La teología como ciencia es mucho más que simplemente leer la Biblia y afirmar: “lo dice la Escritura”. Por supuesto, se parte de ahí, como no podía ser de otra manera. Pero han ocurrido muchas cosas desde el encarcelamiento de Galileo. Las ciencias, en plural, nos han aportado un conocimiento de la realidad muy distinto del que teníamos hace algunos siglos. La

Teología antes de Galileo se fundamentaba en un mundo simbólico hipotecado a un lenguaje obsoleto, “no porque este no fuera claro, sino porque encarna muy correcta y claramente representaciones hoy día superadas, que la modernidad ha depositado en el sumidero del pasado” (Roger Lenaers - 2008). Desde entonces tenemos un conocimiento más exacto de la realidad donde no caben ciertos conceptos bíblicos, porque estos fueron fundamentados sobre supuestos falibles y erróneos. Si no profundizamos más acerca de una teología alumbrada por el conocimiento de las ciencias modernas, cada vez estaremos más lejos del mundo al que queremos compartir el mensaje humanizante y liberador de Jesús de Nazaret. A lo máximo que llegaremos, desde ese empecinamiento, es a aglutinar a un grupo de personas ingenuas, de perfil intelectual bajo, ansiosas de religión. Pero el cristianismo postmoderno se dispone a transitar por un camino diferente. ¡De hecho, ya está transitando! Mientras más tardemos en renovarnos, más sufrimiento y frustración crearemos en nuestro entorno y entre nosotros mismos. Así pues, ¿hacia dónde vamos?

MR: Un Movimiento asambleario

*“Una gran filosofía no es la
que instala la verdad
definitiva, es la que produce
una inquietud”*

Charles Péguy



Autonomía y algo más

Con este capítulo, a modo de apéndice, cierro la serie que he venido escribiendo dirigido especialmente a los líderes del *MR* en España. El presente capítulo está dedicado a la organización de las *Iglesias de Cristo* del *MR*. Con el término “asambleario”, que adjetiva al sustantivo “movimiento” del título, quiero referirme no solo al carácter “autonómico” de nuestras iglesias, sino al espíritu democrático implícito en dicha autonomía. Afirmar que quien “dirige” la iglesia es el Espíritu Santo, aunque sea teológica y doctrinalmente correcto, es salirse por la tangente además de ocultar motivos interesados. Asambleario, pues, quiere decir que el conjunto de la fe-
ligresía, además de los encuentros (dominicales) de tipo cúl-
tico, se reúne periódicamente para tratar los intereses comunes de la asamblea, y no una sola vez al año para escuchar informes administrativos. El carácter “monárquico” de la organización de la iglesia (Obispo+Presbíteros+Diáconos) comenzó a perfilarse a principios del siglo segundo a partir de los primeros atisbos organizativos del cristianismo del siglo primero, que no era generalizado (Ancianos+Diáconos). No deja de ser significativo que las epístolas del primer estadio literario del Nuevo Testamento estén dirigidas a las comunidades, y no a sus líderes (Ancianos). Como tampoco carece de importancia el protagonismo crítico que se les otorga a los fieles frente a los mensajes proféticos dirigi-

dos a la congregación, en ese mismo estadio (1Cor. 14:29). Y no pasa desapercibido que se encargue a la “multitud de discípulos” la elección de siete “diáconos” (Hech. 6:1-6). ¡Estas también son “notas” características de “la iglesia primitiva”! No fue sino hasta finales del siglo primero que se consolidó la estructura organizativa de “Ancianos+Diáconos” (Pastorales). En cualquier caso, y desde las pautas del Reino de Dios que Jesús predicó, esta organización no tiene nada que ver con la superioridad que algunos “Pastores” exhiben hoy (“*mas entre vosotros no será así*” - Mat. 20:25-27).

Respecto a la autonomía de nuestras iglesias, junto con el eslogan de “hablar donde la Biblia habla...”, hemos hecho gala de ser iglesias “autónomas”, sin dependencia de una cabeza supraeclesial o institución que sobrepase a la organización de la iglesia local. Hemos interiorizado tanto y tan bien esta organización, que alguien, hace muchos años, dijo que “somos tan independientes que nos ignoramos”. No obstante, hace poco más de dos décadas, decidimos (?) “depender” un poco mediante la inclusión de un organismo distinto y diferente a la iglesia misma: un “Consejo Ejecutivo” de ámbito nacional.

Historia del “Consejo Ejecutivo” de las Iglesias de Cristo en España

En efecto, hace más de veinte años el *MR* en España decidió organizarse de forma parecida al resto de las denominaciones Evangélicas, y así nació el “Consejo Ejecutivo” con su Presidente, Vicepresidente, Secretario, Tesorero, Vocales, etc. (Puestos a ello, lástima que no se decidiera simplemente adoptar la estructura organizativa de las Iglesias protestantes históricas de España –IERE/IEE–, por su carácter formal y ecuánime). Ciertamente, dar a luz a este organismo no fue otra cosa que poner nombre e institucionalizar unas funciones que ya venían desarrollando personas con nombres y apellidos en el *MR* en España. Institucionalizarlo fue una cuestión de pragmatismo... y de tiempo. No obstante, en la reunión extraordinaria de Predicadores llevada a cabo los días 5 al 7 de marzo de 1992, en El Escorial (Madrid), en el coloquio que siguió a la exposición de quien suscribe (“Corrigiendo lo deficiente”), **Jesús Nava**, Predicador de la *Iglesia de Cristo* en La Coruña (Galicia) por aquel entonces, sugirió insistentemente en la creación de una “Asamblea General” compuesta por varios delegados de cada iglesia local, la cual nombraría “Comisiones” para necesidades concretas. Quien suscribe secundó dicha propuesta. Es más, en dicho coloquio, **Juan A. Monroy** (Promotor del *MR* en España) propuso que se redactara un borrador de los estatutos que regularían dicha

“Asamblea”. Así consta en el acta recogida por un servidor. Sin embargo, de dichos estatutos nunca más se volvió a hablar, aunque se nombraron a varias personas para confeccionar el borrador. Lo que salió adelante, como por arte de magia, fue un “Consejo Ejecutivo” en lugar de una “Asamblea General”. Lo acordado en dicha reunión de Predicadores cayó en el vacío. La idea de esta “Asamblea General” era que administrara los intereses del *MR* en España.

“Consejo Ejecutivo” vs “Asamblea General”

Como ya he dicho, la idea de la “Asamblea General” falló antes de nacer por simple aburrimento en favor de un “Consejo Ejecutivo” con su Presidente, etc. Obviamente, había un interés especial en la constitución de este “Consejo Ejecutivo” sobre la “Asamblea General” acordada en dicha reunión extraordinaria de Predicadores. La filosofía de las dos propuestas era muy diferente. En el “Consejo Ejecutivo” no solo se le otorgaba título y notoriedad al “Presidente”, sino poderes ejecutivos en la administración de cualquier comisión anexa a dicho “Consejo Ejecutivo” por encima de una inexistente “asamblea general”. La filosofía del “Consejo Ejecutivo”, además de subvertir la esencia organizativa del *MR*, se exponía a originar –como ha originado– tensiones entre el “Presidente” y los consejos de gobierno de las congregaciones locales, y, por lo tanto, crear frustraciones evita-

bles en el conjunto del *MR*. Y esto por la mala comprensión tanto del significado como de las funciones de la “presidencia” de tal “Consejo Ejecutivo”, ya fuera por exceso o por defecto. La filosofía de la “Asamblea General” consistía en nombrar “Comisiones” puntuales sin cargos ni títulos personales que subvirtieran la autonomía de las iglesias ni subestimaran el grado de fraternidad entre las personas comisionadas y las que comisionaban.

¿“Consejo Ejecutivo” o “Comisión Permanente”?

La creación de un “Consejo Ejecutivo”, en su día, solo satisfizo las expectativas de algunas personas, aunque fue aprobado por “la mayoría” (como siempre). Hoy, mantener este organismo en el *MR*, con las funciones directivas, inquisitorias y vinculantes que le otorga el borrador de unos Estatutos* en proyecto, atenta contra la autonomía de las iglesias locales. ¿O no atenta contra la autonomía local que dicho “Consejo Ejecutivo” decida cuándo y dónde un Predicador está “desgastado” o que su ministerio está “resultando negativo” (Punto II, C, 8 del borrador citado)? ¿No tiene capacidad moral, intelectual y espiritual la misma iglesia local, o su “Consejo” o “Junta” de gobierno, para ver cuándo su Predicador está “desgastado” o su ministerio resulta “negativo”? ¿Necesita de la “supervisión” de un “Gran Inquisidor” (el Consejo Ejecutivo) que se lo haga ver o que vele por la

“eficacia” y la “positividad” de su Predicador? Otra cosa es que la iglesia local carezca de esa mínima representación formal (de facto). En este caso debiera ser la misma congregación la que “caiga en la cuenta” de tal situación y solicite alguna colaboración (de una constituida “Asamblea General”). Por supuesto, para ejercer este “caer en la cuenta” requiere de los fieles la conciencia de “ser iglesia” (lo que implica una pedagogía de maduración, que no se logra con meros devocionales dominicales). Las iglesias del *MR* son por principio autónomas. Esto significa que pueden –con sus “Consejos” o “Juntas” a la cabeza cuando disponga de ellos– hacer como mejor les plazca y según entiendan tanto en las formas como en el fondo. En cualquier caso, correspondería a dicha “Asamblea General” decidir cuándo una iglesia local no reúne los requisitos para formar parte del *MR* (según la introducción del borrador de los supuestos Estatutos*).

En vez de un “Consejo Ejecutivo”, cuyas funciones otorgadas subvierten los principios del *MR*, se debería constituir una “Comisión Permanente”, que recoge mejor el espíritu de su funcionalidad, y cuyas prerrogativas deberían ser solo de servicio y mediación respecto a la “Asamblea General” que se constituyera. Es decir, las limitaciones de dicha “Comisión Permanente” les vendrían de las impuestas por dicha “Asamblea General” y

solo para aquellas funciones (o comisiones) que ésta le encargara. En este papel de “comisionados” (mediadores), aunque sin poder vinculante, dicha Comisión sí podría llevar a cabo un acercamiento a dicho predicador “agotado”, o cuyo ministerio sea “negativo”, a petición del consejo gobernante de la iglesia local o de una representación de ésta si carece de dicho consejo.

¿Asociación Nacional de las Iglesias de Cristo?

Como ya he expuesto más arriba, la idea de una “Asamblea General” fue propuesta hace más de dos décadas, aunque sin éxito. El borrador de los supuestos Estatutos* que vengo citando hace referencia a una “Asociación Nacional de las Iglesias de Cristo”. En principio, a mi entender, esta denominación es aséptica respecto a los principios del *MR*. Si en el marco de esta denominación (Asociación Nacional de las Iglesias de Cristo) se constituye una “Asamblea” compuesta por representantes de cada iglesia local, y a tenor de esta “Asamblea” se nombra una “Comisión (Permanente)” elegida entre y por dichos representantes, sería compatible con el espíritu y el talante del *MR*, siempre que el funcionamiento de las mismas no subvierta este talante y espíritu. Como *Movimiento* seríamos representados hacia afuera por dicha Comisión (Permanente) mediante un representante (sin título alguno excepto el de “Representante de...”) y sin otra responsabilidad que la de representar

al *MR*. Representación, por otro lado, ineludible y necesaria en el marco religioso de España.

* Estatutos finalmente desestimados